

En vuelo y alma

Josep M. Rodríguez

«Tengo una maravillosa historia que contar, pero no conozco el modo de contarla», dice Sherwood Anderson al final de uno de sus relatos. Y tal vez en eso consista la escritura: en encontrar la salida al laberinto que todos llevamos dentro. Aunque no es fácil. Hay una extendida leyenda centroeuropea según la cual los hombres que querían demostrar su amor debían ascender a la montaña más elevada en busca de una flor que únicamente crece en las alturas. Una extraña flor que, en poesía, recibe el nombre de «voz propia». Y son muy pocos los que consiguen escalar hasta ella.

Para el brasileño Mario Quintana «ser poeta no es decir grandes cosas, / sino tener una voz reconocible». Si bien, a menudo suele confundirse tener voz propia con ser original, algo del todo sobrevalorado, porque nadie se compra una casa sin puerta por más singular y llamativo que sea entrar por las ventanas. Y lo mismo sucede en poesía, donde la originalidad no deja de ser un valor de segundo grado frente a la belleza, la hondura, la emoción o la capacidad de sugerir. Entrevistado por María Esther Vázquez, Borges confesó: «No sé hasta qué punto un escritor puede ser revolucionario. Por lo pronto, está trabajando con el idioma, que es una tradición».

«Yo habité los poemas / que me fueron haciendo como soy», escribe Luis García Montero en unos versos dedicados a Jaime Gil de Biedma. Ni que decir tiene que, para dar nuevos frutos, todo árbol necesita de raíz. Aunque hay casos que sobresalen por encima de los demás, como el de Carlos Germán Belli (Lima, 1927), quien ha conquistado una indudable personalidad creativa desde la tradición, desde la necesidad de «saciar / el voraz plagio

Carlos Germán Belli: *Los poemas elegidos*, Pre-Textos, Valencia, 2011.

de los ricos libros / para el alegre día, / que sólo amanecer tendrá y no ocaso».

Porque Belli es una especie de cangrejo poético, capaz de avanzar hacia delante sin perder de vista lo que tiene detrás. Y viceversa. De ahí la importancia que para este autor limeño tiene el concepto de imitación. No en vano, en la entrevista que se incluye al final de *Los poemas elegidos* –la completa antología que Francisco José Cruz ha preparado para la editorial Pre-Textos–, el propio Belli se refiere a cómo, ya «desde el colegio, me he empeñado en cultivar la imitación literaria, y fue entonces que escribí un poema a la manera de los modernistas y otro a la manera de Vallejo. Según veo es una costumbre que la llevo en la propia sangre. Con el transcurso del tiempo, todo ello (...) me ha llevado al legado del pasado, como para fortalecerme y superar los recelos».

Un fortalecimiento y una superación que empiezan ya en la superficie misma del texto, es decir, en su andamiaje métrico. De la villanela, a la estrofa sáfica. Pasando por el soneto o por los versos de «Sextina de los desiguales». No hay que olvidar que, hace ahora diez años, Carlos Germán Belli publicó un volumen titulado significativamente *En las hospitalarias estrofas*. Ni tampoco que otro de sus libros, *Asir la forma que se va* –fechado en 1979–, debe su nombre a un poema en prosa en el que su autor reitera su «fe en la forma, no por el riesgo al vacío, sino por el puro placer de disfrutarla (...) Porque los cuerpos en que moramos también poseen un contorno, también una estructura donde se encuentran en perfecto orden y concierto los secretos órganos vitales. Aferrémonos a ella, como nos aferramos a nuestra forma corporal, ante el embate del tiempo, ante la aproximación de la ineludible muerte».

Además del cuidado y la meticulosidad con los que Belli trabaja el molde del poema –que a uno le llevan a pensar en los artesanos que soplan el vidrio–, el gusto de este autor peruano por la tradición se evidencia también en su barroquismo, en las constantes alusiones a la mitología clásica, en sus hipérbatos gongorinas y en el culturalismo de textos como «Al pintor Giovanni Donato da Montorfano» o «A Petrarca, en el séptimo centenario de su nacimiento»: «Y merced a vos cómo me he librado / de estar enteramente a la intemperie / en la página en blanco neblinosa, / pues

felizmente desde lejos miro / ese reino libérrimo del verso / en donde a cada rato hay terremotos».

La tradición es poco menos que un chaleco salvavidas para el poeta. Gracias a ella es capaz de desafiar el confuso oleaje del presente y también del futuro. Porque todo, absolutamente todo tiene cabida en los versos de Carlos Germán Belli. Así, por ejemplo, el poema «De humanos y robots»: «Vos, robot, servidor / del humano aquel, le volvéis también / las espaldas al hacedor mecánico / que pieza a pieza con esmero os hizo (...) Y a ninguno le importa / qué es primero si el huevo o la gallina». Hasta cierto punto resulta chocante cómo la fe en la tradición y la rigurosidad métrica del autor de *En alabanza del bolo alimenticio* se funden con referencias a la tecnología —una de las tantas— y con frases hechas y giros del habla coloquial.

Verso a verso, esa amalgama de recursos y registros literarios confiere a la obra de Carlos Germán Belli una complejidad, una riqueza, que difícilmente encuentra parangón en la poesía contemporánea en lengua española. Pero eso no tiene por qué ser suficiente. Cuenta Giorgio Vasari que al dar los últimos golpes de cincel sobre el mármol blanco del *Profeta Habacuc* —conocido popularmente como *Il Zuccone*—, Donatello no dejaba de gritar: «Habla, habla», esperando quizá que se repitiera lo sucedido con la Galatea de Pigmalión.

Y es que el escultor florentino ambicionaba algo que va más allá de la perfección técnica y de la imitación: ese algo que a lo largo de los siglos ha sido bautizado de formas muy diversas —talento, genio, duende...—, pero que en definitiva es lo que diferencia a un artista verdadero de alguien que no lo es. Ya lo apuntó el escritor rumano Lucian Blaga, nadie consigue volar por muchas plumas de otro con las que se vista o se adorne. Y de una cosa puede estar seguro el lector: *Los poemas elegidos* vuelan. Vamos si vuelan ©